

SEGUNDA PARTE

Desde la muerte de Sila hasta la batalla de Actium

CAPÍTULO PRIMERO

POMPEYO EL GRANDE

I. Sertorio en España. Pompeyo. Guerra de Sertorio.—II. Los corsarios. La Cilicia romana. Incremento de Armenia.—III. Nueva guerra con Mitrídates. L. Lúculo. Cícico.—IV. Guerra de los esclavos de Espartaco.—V. Muerte de Sertorio. Estado de cosas en Roma.—VI. Campaña de Pompeyo contra los corsarios.—VII. Brillantes victorias conseguidas por Lúculo contra Mitrídates: sus nuevas victorias en Armenia.—VIII. Desgracia y revocación de Lúculo. Pompeyo nombrado general en jefe. Sumisión de Tigranes y de Mitrídates.—IX. Pompeyo en el Fasis. Pompeyo convierte la Siria en provincia. Muerte de Mitrídates.—X. Pompeyo organiza el Oriente romano. Egipto.—XI. Situación en Roma. Craso. César. Catilina.—XII. Catilina y M. Tulio Cicerón. La agitación de Catilina.—XIII. Levantamiento y muerte de Catilina. Catón.—XIV. Regreso y dimisión de Pompeyo.

I.—SERTORIO EN ESPAÑA. POMPEYO. GUERRA DE SERTORIO

Apenas se hubieron celebrado los funerales de Sila, el cónsul Lépido comenzó enérgicamente a atacar las creaciones del difunto dictador. En cuanto se supo en todas partes que este hombre trataba seriamente de restaurar los antiguos derechos de los tribunos de la plebe y de los comicios tribunados, de restablecer las distribuciones de cereales, de hacer regresar a los desterrados y de devolverles los bienes confiscados, reinó gran excitación en Roma y en la península. Lépido se allegó todos los elementos descontentos, siendo el hombre más importante que a él se unió M. Perpenna, que en otro tiempo había tenido que huir a Sicilia ante las persecuciones de los partidarios de Sila. La excitación aumentó con tanta rapidez que en Etruria los habitantes de Fésule, arrojados de sus casas y de sus tierras, pudieron aventurarse a expulsar a los veteranos que se habían apoderado de sus bienes. El Senado procuró en Roma tranquilizar a las masas, consintiendo de un modo más limitado la distribución de granos, de tal suerte que, según parece, 40,000 ciudadanos pobres debían recibir mensualmente cinco fanegas de trigo cada uno, al precio de 6 ases y un tercio. El Senado envió a Lépido a la provincia para la cual había sido designado para el siguiente año, es decir, a la Galia narbonense. Lépido, sin embargo, se detuvo en Etruria, y aprestó un ejército que iba aumentando todos los días, a pesar de que el Senado, que esperaba someterle, entabló con él largas negociaciones. Por último, el antiguo partidario de Mario, M. Junio Bruto, amigo del cónsul sublevado, formó en la Alta Italia un segundo ejército adicto a éste. Cuando finalmente Lépido exigió clara y terminantemente, a principios del año 77, el completo restablecimiento del antiguo tribunado, la rehabilitación política y material de los desterrados, y un nuevo consulado para sí, las armas hubieron de decidir la lucha. Pompeyo, defensor del Senado, se apresuró a marchar a la Alta Italia y sofocó rápidamente la sublevación organizada por Bruto en Mutina. El procónsul Cátulo que se encargó de la defensa de la capital, libró junto a Roma, en el campo de Marte, una sangrienta batalla, derrotando por completo a las tropas de Lépido que hasta entonces había visto coronada de éxito su empresa. Una parte de los sublevados huyeron hacia Alba, en donde más

tarde habían de encontrar la muerte. Lépido que había retrocedido a Etruria, fué nuevamente derrotado en Cosa por las tropas de Cátulo y Pompeyo, y hubo de refugiarse en la isla de Cerdeña. Su inesperada muerte indujo a Perpenna a conducir a España, al campamento de Sertorio, el resto del ejército sublevado que había sido organizado nominalmente en 53 cohortes.

De esta manera desaparecía el peligro inmediato que amenazaba a la soberanía de la restaurada oligarquía; pero era además preciso atacar seriamente al temible enemigo cuya situación en España se iba haciendo cada vez más imponente. El audaz Sertorio había hecho grandes progresos desde los comienzos del año 79; su lugarteniente, el cuestor Lucio Hirtuleyo, derrotó completamente en la provincia septentrional al gobernador M. Domicio Calvino, mientras el bravo Metelo no podía en la meridional obligar a Sertorio a que librara una batalla decisiva, y se hallaba en una situación muy crítica, a consecuencia del talento con que Sertorio hacía la pequeña guerra, imposibilitándole de recibir auxilio y amenazando todas sus comunicaciones. Un ataque que Metelo quiso intentar contra la importante ciudad lusitana de Langobriga, cerca de la desembocadura del Tajo, fracasó por completo, sufriendo una parte de su ejército, durante su retirada, un descalabro junto al Guadiana. Poco después (año 78) supo Hirtuleyo acorralar con grandes pérdidas en los Pirineos al gobernador Lucio Manlio que procedente de las Galias regresaba hacia el Ebro. Durante el año 77, antes de que Perpenna llevase su ejército a Sertorio, las cosas estaban de tal manera que los agentes de éste sublevaban ya contra los romanos a las tribus de las Galias.

En las provincias septentrionales de España dominaban por completo los lugartenientes de Sertorio, y en las meridionales la mayor parte de las tribus hispánicas se habían pasado a las filas de este caudillo que desde las comarcas costaneras de Valencia estaba en íntimas relaciones con los corsarios, tan fuertes en el Mediterráneo occidental. Mas funesto era todavía para los optimates el hecho de que Sertorio no solo era un general infatigable, bueno, activo y conciliador, como desde la muerte de Sila no había podido tenerlo el Senado, y como pocos se encuentran entre los romanos, sino que poseía el talento de organizar admirablemente sus

fuerzas. Sertorio no apareció en España tan solo como jefe de los hispanos insurrectos, sino que más bien se presentó a los españoles como romano y como gobernador. Pero supo atraerse a los españoles, agruparlos a su alrededor por medio de un régimen inteligente, benigno y justo, y abrir de esta manera el camino a la romanización de este pueblo. En Osca (hoy Huesca) fundó un instituto en donde eran educados a la romana los jóvenes de las mejores familias de España, que, a la vez, le servían de rehenes. Su situación política se completó con un Senado formado por algunos célebres demócratas fugitivos de Roma, que, siguiendo la antigua usanza de su patria, debía ocuparse en los asuntos de gobierno.

Al llegar el verano del año 77 sus fuerzas eran tales que Roma no consideró imposible que los demócratas hispanos hicieran una marcha hacia Italia. Tratóse, por último, de enviar en auxilio de los generales del Senado un excelente caudillo con fuerzas considerables. Durante el decenio siguiente, y esto es más importante, el Senado se vio en situación tan crítica, que solo podía destinar a la guerra de España a Pompeyo; este joven, favorecido por la suerte, a pesar de la conducta observada para con Sila, no era amigo de mucha confianza de los optimates. Ciertamente Pompeyo, por su posición y por sus cualidades personales, era de naturaleza aristocrática, pero sus intereses no le llevaban a proteger y defender las creaciones de Sila. Por de pronto Pompeyo no tenía más que un deseo, crearse dentro del Estado una posición brillante y poderosa, en lo posible, con la aquiescencia del Senado, y en caso necesario sin el consentimiento de este y auxiliado por el pueblo. El joven general no tenía profundos planes políticos, ni pensaba en derribar la república, ni, como Lépido, en promover nuevas conmociones: el deseo de ceñir una diadema no era tampoco de los que más le conmovían. Pero en cambio era un egoísta, aunque no estaba animado de la orgullosa ambición de un monarca. Una situación dominante dentro de la república, sin vulnerar las formas republicanas, el brillo de una posición elevada, sin los pesados deberes que esta entraña, y una porción de coronas, signos de famosas y sangrientas victorias, tales eran las aspiraciones de aquel hombre frío y vanidoso, que, entre otras cosas, tenía la responsabilidad y no tenía la fuerza de asegurar con fuerte mano el porvenir de Roma, y que hasta la crisis decisiva de su vida no dejó nunca de torcer en pro de sus miras personales, el nuevo orden de cosas del Estado o en dejar que los demás lo infringieran en su provecho.

Era efectivamente muy perjudicial para el Senado no poder elegir, para la cuestión de España, más que entre oficiales de segunda fila y este Pompeyo que, por haberse mostrado adversario de las leyes de Sila, no había desempeñado ningún cargo regular del Estado, y que conservaba de un modo sospechoso bajo su mando, el ejército con que había derrotado en Cosa a Lépido. Solo por fuerza pudo decidirse el Senado a investir a Pompeyo de extraordinarios poderes consulares para la España *citerior*. En el verano del año 77 atravesó con 30,000 hombres y 1,000 caballos los Alpes, trazando una nueva vía militar por el monte Ginebra, sometiendo a las levantiscas tribus de la Galia romana, y logrando, durante el otoño, atravesar los Pirineos. Cuando en el año 76 comenzó la guerra en España, le fué, durante algún tiempo, la suerte favorable. Sertorio, que había establecido una fuerte base de operaciones en el alto y medio Ebro, tomó posición en la parte superior de este río, mientras las fuerzas de Hirtuleyo tenían entretenido a Metelo en el Sur, y mientras las divisiones de Perpenna y de Herennio cuidaban de impedir que Pompeyo pasase el Ebro inferior y se uniese con Metelo. Pompeyo, a pesar de la resistencia de Perpenna, logró atravesar el río, derrotó por completo a Herennio en Valencia,

se apoderó de esta ciudad y consiguió, con esto, que muchas ciudades hispánicas se declarasen en pro de su causa. Sin embargo, cuando esperaba poder derrotar a Sertorio, que estaba sitiando a la sublevada Lauro, junto al Sucro (Júcar), al Sur de Valencia, vió por completo fracasado su intento, teniendo que presenciar como Lauro era tomada y destruida, sin poder hacer nada para salvarla, lo cual disminuyó mucho la consideración en que se le tenía. Cuando Metelo, después de haber vencido a Hirtuleyo, junto a Itálica, en el Bétis inferior, se preparaba en el año 75 a unirse en Valencia con Pompeyo, presentó la situación mejor carácter. Metelo derrotó por completo, en las cercanías de Segovia, a Hirtuleyo, el cual encontró la muerte en esta batalla. En seguida el vencedor emprendió la marcha hacia el Oeste, en dirección a la cuenca del Sucro, y llegó a tiempo para derrotar a Perpenna y salvar a Pompeyo de la situación en que se hallaba por haber perdido una importante batalla que libró con el grueso de las fuerzas de Sertorio. Con esto se había realizado la unión de los ejércitos romanos. Pero Sertorio no perdía tan pronto su valor. Cuando, a pesar de la derrota de la caballería de Pompeyo, el ejército de Sertorio fué vencido en una sangrienta batalla junto al Turia, Sertorio renunció a la guerra en gran escala, y retrocedió hasta la fortaleza de Clunia, que se alzaba cerca del Duero. Sometida de nuevo a los romanos la España central y meridional y reconquistadas las plazas de Segóbriga (hoy Segorbe) y Bilbilis (hoy Calatayud), la lucha se proseguía, especialmente en el Norte de España, de tal manera, que Sertorio con solo la posesión de algunas plazas fuertes, como Palantia, Calagurris, Osca, Ilerda y Tarraco, y apelando a la guerra de guerrillas, procuró fatigar al enemigo, que en el año 71 comenzó a retirarse, con escaso éxito, a pesar de haber recibido un refuerzo de tres legiones.

La situación del Estado romano era en aquel momento un tanto crítica: la guerra de España, que asoló durante muchos años este bello país, agotaba las fuerzas militares y los recursos pecuniarios de Italia, sin que pudiera preverse ni en lo largo ni en lo corto el fin de aquella lucha. La desgracia de Roma quiso que en Oriente se pusieran a la vez de manifiesto los inconvenientes que tenía la herencia de Sila en lo que se refería a las cuestiones de política exterior. En la mitad oriental del Estado, las legiones habían luchado desde el año 78 con éxito contra los pueblos salvajes que habitaban en las fronteras septentrionales y orientales de los territorios que poseían los romanos en la península de los Balcanes, derrotando por completo a los dálmatas y apoderándose de la fortaleza de Salone. Desde Macedonia se habían intentado también fuertes ataques contra los dárdanos y contra los pueblos tracios del alto Estrimón. Pero lo más importante fué que el valiente Marco Lúculo sojuzgó, en el año 72 ó 71, a los beses, que eran la más bárbara de las tribus tracias de los Balcanes, apoderándose de su capital Uscudama. Entonces quedaron asimismo sometidos a la dominación romana los odrisios y las ciudades marítimas griegas que se levantaban entre el Cuerno de Oro y el delta del Danubio.

II.—LOS CORSARIOS. LA CILICIA ROMANA. INCREMENTO DE ARMENIA

Mientras de esta suerte se llevaba a cabo la conquista de los territorios que habían de tener una gran importancia en la historia romana en los posteriores tiempos del Imperio, especialmente desde el siglo tercero de la era cristiana, veíase gravemente amenazado el mundo romano-griego en lo que se refería a la seguridad del Mediterráneo, habiéndose encendido de nuevo, en mayores proporciones, la guerra con el antiguo enemigo asiático de Roma, con el pónico Mitri-

dates. Lo primero á que debían atender los romanos era al inaudito incremento que iba tomando la piratería. Como los buques de los corsarios servían, según sabemos, de refugio á innumerables hombres de origen griego é itálico, á quienes la ruina social ó la desgracia política habían alejado de su patria, los planes de los piratas y comerciantes de esclavos cilicios y cretenses contaban con un nuevo apoyo, y la piratería tomaba el carácter de una guerra de venganzas y de una lucha por la existencia contra el partido vencedor en el continente. Aniquilada por completo la escuadra romana, los corsarios fueron, durante muchos años, señores del Mediterráneo, desde la Cilicia hasta el mar Atlántico. La Cilicia, independiente todavía, y las altas comarcas del Tauro y la isla de Creta, á aquella anejas, constituían la base de operaciones de los piratas, los cuales poseían además ciudades de refugio en las playas meridionales del Asia Menor, y en las costas dálmatas y mauritanicas, y cuyas escuadras, mandadas por buenos almirantes, habían convenido en protegerse mutuamente. El número, cohesión y organización de estas escuadras habían llegado á ser un grave peligro para el imperio romano; porque los corsarios ofrecían su apoyo á todos los enemigos del gobierno oligárquico, como Sertorio y Mitridates, servían de mediadores á todos los adversarios del Senado, y arruinaban, ya por medio de la destrucción y el secuestro de ciudadanos, ya por medio del saqueo y del incendio, un gran número de ciudades y templos griegos de las costas é islas del mar Egeo. Además, dificultaban el tráfico mercantil y los viajes al continente, especialmente de la península itálica. Los trasportes de Italia, y especialmente la exportación, cada día más importante, de granos de Sicilia, Africa y Egipto á Roma, luchaban con grandes obstáculos. Paulatinamente se fueron haciendo más difíciles y menos seguros los mismos viajes por los caminos de la península cercanos á la costa. Todos los viajeros romanos que se aventuraban á pasar el mar debían precaverse contra los piratas, los cuales, en caso de hacerles prisioneros, no les devolvían la libertad sino á cambio de considerables sumas. Los piratas solían dar muerte á los más notables de los romanos que en sus manos caían, vengando así anteriores agravios y sobre todo la crueldad con que los oficiales romanos mataban á los piratas hechos prisioneros.

El Senado, por todos los medios, intentó dar un golpe decisivo contra tan peligrosos elementos; pero los romanos, siguiendo su costumbre, no pensaron en aprestar una fuerte escuadra, sino que creyeron poder sojuzgar á los corsarios organizando una expedición á las altas comarcas del Asia Menor que les servían de refugio y cuartel general. El bravo Publio Servilio Vatia, que en el año 79 ejerció el consulado, tomó, desde el año 78 al 74, el mando de las tropas en Cilicia, consiguiendo, después de algunos años de afortunada guerra y de un importante combate naval, apoderarse de los castillos y ciudades del caudillo Zenicetes, tales como Olimpo y Faselis, en la Licia oriental, y Attaleya en la Panfilia. Poco después atravesó los Balkanes y tomó las plazas fuertes de Oroanda é Isaura, con su territorio, situadas en las vertientes septentrionales isáuricas de la cordillera, lo cual le valió el sobrenombre de Isáurico. La conquista de estas ciudades y comarcas, y de una parte de la Cilicia, todo lo cual fué incluido en la provincia romana de este nombre, así como las victorias conseguidas contra los corsarios asiáticos, no fueron, sin embargo, bastantes para hacer frente á la gran calamidad de la época; ya que, por un lado, la isla corsaria de Creta no pudo ser tomada, y, por otro, la guerra que en el Asia Menor estalló poco después de las grandes victorias de Servilio, desvió por muchos años de los sucesos marítimos y de las fechorías de los piratas la atención y la energía del Senado.

De las dos grandes potencias del Oriente occidental, la dirigida por Tigranes rey de Armenia fué la que más peligrosa se presentó; pues este soberano había aprovechado el tiempo transcurrido desde que Sila firmó la paz con el rey pónico, y especialmente desde la muerte del gran dictador romano, para constituir en sus comarcas montañosas un reino imponente por su extensión y situación estratégica. Los partos, debilitados entonces por luchas intestinas, no pudieron impedir que los territorios occidentales de su reino, tales como Atropatene, Corduene y Adiabene, cayesen en poder de los armenios. Al mismo tiempo, el nuevo conquistador se apoderó de la Mesopotamia septentrional, en donde se unió á su causa una tribu árabe de Osroene (Edesa). Capadocia perdió sus cantones orientales en provecho del nuevo gran reino y el antiguo Estado de los Seléucidas desapareció ante los ataques de Tigranes. En esta última nación, no habían cesado ni un momento, desde la muerte de Antiocho VIII Grifo (97 ó 96), las luchas intestinas: ya en el año 96 Antiocho IX Cíciceno, hermano sobreviviente y enemigo de Grifo, había sido vencido por un hijo de éste, Seleuco VI Epifanes, y se había suicidado. Después se presentó como vengador de su padre, en esta familia y en este reino decadentes, Antiocho X Eusebio, hijo del Cíciceno. Seleuco se vió acorralado en Cilicia, en donde fué asesinado, según era común en aquellos tiempos, dejando sin embargo á sus hermanos Antiocho XI Epifanes, Filadelfo, Filipo y Demetrio la tarea de continuar las sangrientas luchas en las cuales se ventilaba la suerte de los restos del reino. Cuando, después del año 94, Eusebio pereció luchando contra los partos, los descendientes de Grifo conservaron la soberanía de Siria para agotar sus fuerzas, parte en luchas intestinas, parte en las guerras con los nuevos elementos de fuerza que el funesto movimiento de los Seléucidas había desarrollado. Estos elementos eran, además del poderoso príncipe judío Alejandro Janeo, las grandes ciudades de Siria, desde Gaza á Antioquia, y los caudillos árabes, entre los cuales el nabateo Aretas de Petra se apoderó de Damasco y del territorio del Líbano, derrotando á Antiocho XII Dionisio, último hijo de Grifo. En tales circunstancias, no fué naturalmente difícil á Tigranes conquistar, en el año 83, el reino de Siria, atraerse la Cilicia oriental y extender paso á paso su poder por la costa hasta Tolemaida. Los últimos pretendientes sirios, es decir, Antiocho XIII y Seleuco Cibiosactes, hijos de Antiocho X, huyeron en el año 75 á Roma. Tigranes fundó como centro de su gran reino la ciudad de Tigranocerta, la pobló con los habitantes griegos y semi-griegos de las ciudades conquistadas, á los cuales obligó á establecerse en ella, y la situó, según la opinión más común, en Meya Farkin en la orilla derecha del Tigris, entre Musch y Diarbekir, aunque algunos creen que estuvo situada más hacia la Mesopotamia entre Nisibe y el Tigris.

Por entonces los romanos, lo mismo que los armenios, evitaban toda colisión: además los primeros sabían tan bien como Mitridates que era inminente un choque entre las armas itálicas y las pónicas. En Roma se tenían fundados motivos para temer el poder cada vez más imponente de Mitridates, que estaba en relaciones íntimas con los demócratas romanos de España y que tenía en su ejército gran número de fugitivos. Mitridates, por su parte, se veía continuamente aguijoneado por éstos para entablar la lucha contra el Senado, debiéndole además parecer aceptable la guerra en una época en que Sertorio traía ocupados á los mejores generales de Roma. Desde que Sila y Murena habían abandonado el Asia, el rey pónico habíase fortificado considerablemente en la Cólquide y en los territorios septentrionales del Ponto, reorganizando el ejército y la escuadra y prepa-

rando su alianza con Sertorio. A principios del año 74 murió, sin sucesión legítima, Nicomedes III, rey de Bitinia, dejando en testamento su reino á los romanos; y cuando tomaron inmediatamente posesión de la herencia, siendo por lo tanto vecinos de Mitridates, éste les declaró la guerra. Su antiguo aliado armenio fué harto imprevisor en negar por de pronto su auxilio al rey pónico. Este hizo alianza con Sertorio, el cual renunció en su favor los Estados sometidos al vasallaje de Roma y le envió excelentes oficiales, á cambio de lo cual Mitridates le proporcionó buques de guerra y dinero. Los corsarios se aliaron asimismo con el rey del Ponto y aumentaron la escuadra de éste de un modo para él muy provechoso.

III.—NUEVA GUERRA CON MITRIDATES. L. LUCULO. CÍCICO

Mitridates se encontró, pues, otra vez en situación de poder comenzar la guerra: mientras su general Diofanto invadía la Capadocia y sublevaba durante su marcha á los cilicios, isaurios y pisidios, que poco antes se encontraban en posición muy crítica; mientras Eumaco y el romano M. Mario, procedente de España, se dirigían á Frigia, y en todas las ciudades del Asia Menor que les abrieron las puertas daban el escándalo de asesinar á cuantos romanos residían en ellas, recorría el almirante Aristonico, con 400 buques, las costas septentrionales del Asia Menor, y el rey, con los generales Taxiles y Hermócrates, dirigía los movimientos del grueso del ejército, compuesto de 100,000 infantes, entre ellos los excelentes mercenarios bastarnos, y 16,000 jinetes, que se dirigió á Bitinia, en donde penetró sin detenerse. Fueron gran ventaja para la causa romana dos circunstancias, á saber: que Sertorio se viera obligado en España á mantenerse á la defensiva, y que el Senado encontrase en uno de los cónsules del año 74, Lucio Lúculo, un general muy superior á Mitridates. Lúculo había conducido al Asia Menor una legión de refuerzo, con lo cual las fuerzas que tenían los romanos en aquellos territorios, la mitad de las cuales eran los antiguos soldados de Fimbria, llegaron al número de 30,000 infantes y 16,000 caballos. Cuando llegó al Asia, vió que Deyotaro, el audaz tetrarca gálata de los tolistobogios celtas establecidos en Pessino, había empuñado con éxito las armas en pro de los romanos y contra los pónicos que invadían la Frigia y el Asia. Con este auxilio pudo Lúculo asegurar desde luego las comarcas romanas, hasta que el desastre de su colega M. Aurelio Cotta le obligó á dirigirse á las costas septentrionales. Aurelio, que había llegado al Asia antes que Lúculo, y que solo disponía de setenta buques y de un pequeño ejército, no había podido resistir los ataques de Mitridates, y había tenido que refugiarse en Calcedonia, en donde le sitió el rey pónico, derrotándole de tal suerte que la escuadra y el ejército romanos fueron aniquilados. Sin embargo, cuando Lúculo, procedente de Sangario, se aproximó al ejército pónico, Mitridates evitó su encuentro y con una audacia que redundó en perjuicio suyo, se dirigió á las costas romanas del Sur de la Propóntide, en donde procuró ante todo apoderarse de la ciudad de Cícico. La tenaz y hábil resistencia que la población griega de esta ciudad le opuso, obligó á establecer un sitio en toda forma, que fué para él funestísimo, porque dió tiempo á Lúculo para tomar fuertes posiciones á retaguardia de los pónicos, poniéndose en condiciones de impedir que su adversario recibiera refuerzo alguno y de aniquilar á cuantos se apartaban del real campamento. Como Mitridates no pudo contar con mas auxilio que el de su escuadra, y como ésta no podía maniobrar con entera libertad por causa del invierno, su ejército y sus convoyes sufrieron grandes pérdidas producidas por el hambre y la peste, hasta

GRECIA Y ROMA

que el rey se vió obligado, durante la primavera del año 73, á levantar vergonzosamente el sitio. La retirada de los diezmos pónicos ocasionó nuevas é importantes bajas. La escuadra que con el rey se dirigió inmediatamente al Helesponto, padeció mucho á consecuencia de las tempestades, y el ejército de tierra mandado por Mario y Hermeo fué alcanzado por Lúculo, cerca del río Esepo, antes de que tuviera tiempo de embarcarse en Lampsaco. Después, cuando Mitridates, que se dirigía por mar hacia Nicomedia, se atrevió á enviar 10,000 hombres conducidos por Mario y otros romanos, con 50 buques, en dirección al mar Egeo, supo con espanto que Lúculo en persona había acabado con ellos, en dos combates trabados en Tenedos y Nee, auxiliado por la armada formada con las escuadras de las ciudades marítimas del Asia. Los romanos, entonces, arrojaron muy pronto de la Bitinia á las tropas pónicas. Mitridates, cuyas principales fuerzas habían sido destruidas, hubo de huir á toda prisa hacia Sinope, y Lúculo, que había entregado el mando de la nueva escuadra al legado Cayo Valerio Triario, mandó bloquear el Helesponto, y pudo, en el verano del año 73, intentar con el ejército de tierra un ataque contra los antiguos territorios pónicos.

IV.—GUERRA DE LOS ESCLAVOS DE ESPARTACO

Mientras de esta suerte la habilidad de los griegos de Cícico y la excelente dirección de Lúculo desvanecían el peligro que amenazaba á los romanos en las fronteras orientales; mientras, durante el transcurso de los años 74 y 73, con la perseverancia y capacidad de los generales Metelo y Pompeyo se conseguía que, á pesar de algunos desastres, la guerra de España, que tanto dinero y tantos hombres costaba á los romanos, tomase un giro completamente favorable á las armas de Roma, vióse de repente amenazado el pueblo romano-italico que desde el año 91 había padecido tanto, por un nuevo levantamiento de los esclavos. La más colosal guerra de esclavos de la antigüedad estallaba precisamente en el momento en que el conflicto con Mitridates comenzaba á ser dominado.

Los gladiadores, es decir, aquellos esclavos romanos sobre los cuales pesaban más cargas y que eran objeto de los más duros tratamientos, fueron los que en el año 73 provocaron la terrible sublevación. La afición creciente de los romanos á los sangrientos y crueles combates había hecho que en distintas ciudades de Italia se estableciesen escuelas, en las cuales eran educados, según todas las formas del arte, los gladiadores, encerrados en los cuarteles y sujetos á una bárbara disciplina. Cápua era la principal academia de estos luchadores artísticos, y en esta ciudad estalló especialmente la sublevación promovida por algunos antiguos prisioneros de guerra de los romanos. Setenta y cuatro hombres, guiados por los celtas Erixo y Enomao, y principalmente por el antiguo caudillo tracio Espartaco, abandonaron el cuartel y se fortificaron en el Vesubio, en donde su contingente se aumentó rápida y considerablemente con un gran número de otros esclavos fugitivos y de bandidos, expatriados y proletarios que entonces se encontraban en Italia. Cuando sus correrías por la Campania obligaron al gobierno del Estado á intervenir en la cuestión, una victoria conseguida por los sublevados sobre una división romana dió tal incremento á su causa, que contra ellos hubieron de ser enviadas dos legiones romanas bajo las órdenes del pretor Publio Varinio. Pero el espíritu y la disciplina de estas tropas eran tan malos, que Varinio no pudo impedir que los insurrectos penetraran en Lucania, donde él sufrió una derrota, á consecuencia de lo cual los esclavos y los elementos descontentos de esta comarca se unieron á Espartaco. El Brucio, la Lucania y la Campania